

¿Ética para qué?

Las distintas etapas de la historia de la humanidad nos muestran formas diversas de concebir y justificar los principios éticos: desde los mitos ancestrales, hasta los planteamientos económico-pragmáticos de nuestros días, se han sucedido explicaciones religiosas politeístas y monoteístas, cosmológicas, místicas, racionalistas, intuicionistas, utilitaristas, biologicistas, etc.

La necesidad de establecer principios de conducta y leyes reguladoras de la vida en común surge de las características propias de la existencia humana y de la tensión siempre latente en las relaciones entre personas, entre pueblos, ya sea por la desigualdad existente entre ellos, por las luchas abiertas y sangrientas a causa del territorio, bienes u otras circunstancias, ya por fricciones de diverso tipo. La regulación de la conducta, tanto la individual como la colectiva, se lleva a cabo a través del establecimiento de reglas sociales, impuestas por la necesidad o la voluntariedad, de forma violenta, cordial o razonada, sobre la base de la contraposición de lo "bueno" y de lo "malo".

La delimitación de estas nociones es motivo de pugna abierta, por la transgresión permanente de los límites impuestos; de ahí el sentimiento de crisis moral que atraviesa toda la historia de la humanidad. Los conflictos de intereses requieren el arbitraje de la moral, y constituyen una presión constante tendente a su transgresión, sean cuales sean los supuestos en los que la moral se apoye. Sin embargo, también es un hecho histórico que la gradual generalización y abstracción de los planteamientos de la moral ha permitido la consolidación de ciertas concepciones morales, hasta el punto de predominar de manera decisiva durante largos períodos de tiempo en amplias zonas geográficas.

Resulta evidente que la situación actual es muy distinta en Oriente, en Occidente, en el Norte o en el Sur, si se me permite esquematizar de esta manera la implantación

de distintas concepciones de órdenes de valores. Desde nuestro contexto son multitud los que abogan por una moral universal que permita vivir a todos en paz, cualesquiera que sean sus ideas y sentimientos. Pero en otras zonas se sigue predicando la guerra santa y se promueve la fanatización político-religiosa (cosa que defienden también grupos muy activos en Europa). Nuestras reflexiones se enmarcan en las culturas greco-latina y anglo-sajona, que han acompañado al desarrollo socio-político occidental y han permitido la profundización de un ideal de justicia y libertad que, con grandes dificultades, ha ido configurando las estructuras institucionales características de las democracias occidentales actuales. A pesar de este enraizamiento concreto, se tiene una pretensión universalista basada en esa misma historia y en una dimensión de futuro entendida desde el ser del hombre y de la humanidad.

Limitándonos a nuestro propio contexto, éste ha generado un conjunto de cuestiones que nos obligan a reformular aspectos decisivos del conocimiento de lo moral. La crisis de valores contemporánea requiere análisis y propuestas de superación.

En primer lugar, la crisis actual es una consecuencia de las carencias conceptuales y de hecho del propio sistema de vida (vida privada y pública, así como los mecanismos sociopolíticos que articulan el conjunto social). En la escuela se enseñan principios, actitudes y formas de actuar que no se corresponden con las que el niño ve en casa, en la calle, en la TV.; cuantas más vías de comunicación tiene el niño con la realidad, mayor es el choque entre las ideas que recibe y las conductas que ve. En el trabajo se pide responsabilidad, honradez, aptitud, pero se premia ante todo la eficacia sin escrúpulos y se asciende gracias a esa astucia que no repara en sacrificar ciertas reglas deontológico-profesionales. En la familia el sentido de grupo y de ayuda mutua van siendo sistemáticamente reemplazados por el individualismo egoísta más feroz; con ello desaparece cierto tipo de sentimientos, como la reciprocidad, la gratuidad, la solidaridad y la ternura, necesarios para el equilibrio personal y el aprendizaje de las relaciones sociales. En otros ámbitos el desajuste entre principios y acciones es igualmente profundo (por ejemplo, son muchas las decisiones que se adoptan por dinero y se justifican con otros argumentos). Un conflicto permanente tan amplio e importante difícilmente puede

ser superado con los medios de que dispone el individuo. Y una respuesta social obliga a cambios de envergadura, que pocas sociedades saben asumir.

Las contradicciones son tan evidentes y de consecuencias a veces tan patológicas, que desde muchos sectores se reclama eticidad y orientaciones éticas. Políticos, medios de comunicación, responsables de distintas áreas solicitan actitudes responsables, pero se siguen alimentando los mecanismos de la doble moral y la sobrevaloración de la riqueza económica por encima de otros bienes. Sería ocioso insistir en esta cuestión; cualquier persona conoce las dificultades de toda pretensión de "moralización" o de rearme moral de la sociedad.

Más allá del intento de moralizar, es insoslayable, tanto desde el punto de vista individual como social, saber dar alguna respuesta a las preguntas ¿qué hacer?, ¿por qué?, ¿qué tipo de ética o de moral implican nuestras acciones?, ¿el fin justifica los medios?, ¿es posible evitar el conflicto entre objetivos individuales y objetivos sociales?, ¿qué justificación tienen las coacciones de la libertad que impone el Estado? Podríamos seguir llenando la página de preguntas...

Deontología profesional

Es proverbial de ciertas profesiones como la medicina o la abogacía su vinculación a responsabilidades y deberes específicos¹, que constituyen un código deontológico, más o menos formalizado, pero siempre implícito en el aprendizaje y en el ejercicio de la profesión. Otros aspectos son nuevos, ya que tienen su origen en el desarrollo científico, técnico y económico de las sociedades contemporáneas; nuevas profesiones,

¹ En el caso de los médicos, el "juramento hipocrático" formaliza y explicita los principios fundamentales del código deontológico médico. Como es sabido, su formulación se remonta a Hipócrates (segunda mitad del siglo V a.C.), el sabio griego de cuya escuela se conserva el *Corpus Hippocraticum*. Nestle ha resumido los compromisos de este antiguo juramento: "el médico jura que lo ordenará todo, según su mejor saber y entender, al bien del enfermo, y le evitará todo lo que pueda dañarle, que no abusará nunca de los pacientes ni les suministrará - ni a petición de ellos- un medio para destruir su propia vida o para aniquilar vida en germen. El médico estará a disposición de todo el mundo, tanto de los libres como de los esclavos. Mantendrá como riguroso secreto todo lo que vea u oiga en el ejercicio de su profesión". Cf. W. NESTLE, *Historia del espíritu griego*, Barcelona, Ariel, 1961, p. 112.

manipulaciones tecnológicas cada vez más sofisticadas, sistema económico internacionalizado (e insensible ante los desajustes económicos que repercuten en pueblos y continentes enteros), desequilibrios producidos por el hombre en los ecosistemas, influencia social de los medios de comunicación, etc., todo ello pone ante nuestros ojos, día a día, la necesidad de una orientación ética que defina responsabilidades y deberes a nivel personal, institucional y social.

Apelar a estos tres niveles (personal, institucional y social) significa que el juicio moral no puede reducirse a una consideración aislada de uno de ellos, sino que debe abarcar la complejidad de derechos y deberes de la persona humana, la dinámica institucional y los grupos de acción social.

En el terreno de la deontología profesional y las nuevas profesiones, hay que constatar la relevancia de las actuaciones de los medios de comunicación social. La enorme trascendencia de lo que se comunica o cómo se comunica convierte a los periodistas, técnicos y directores de los distintos medios de comunicación en verdaderas piezas clave de la dinámica social. Ante las presiones que sufren dichos profesionales y la trivialidad con que algunos de ellos manejan sus posibilidades, es conveniente una actitud deontológica firme del conjunto de la profesión, representada por sus asociaciones. Toda nueva profesión que conlleva grandes responsabilidades ha de luchar en esta línea, salvaguardándose de los desatinos de sus propios miembros y de los intentos de manipulación de otros grupos.

Problemas éticos del mundo contemporáneo

La complejidad de los sistemas científicos, técnicos y operativos de todo tipo, característica de nuestro tiempo, está planteando muchos problemas éticos, que requieren análisis y consideraciones específicos. No pretendo ahora llevar a cabo una exposición amplia de la multiplicidad de líneas de investigación que esto comporta, sino, simplemente, indicar la importancia de los estudios y las actividades que se promueven en la actualidad y que tienen su centro de gravedad en la filosofía moral.

En las aplicaciones de la ciencia y la técnica se produce una doble vertiente de

problemas: los relativos a la responsabilidad de los científicos y las personas que intervienen en los procesos de decisión de la aplicación (**moral personal**), y los que conciernen a las consecuencias sociales de la misma y que requieren el pronunciamiento de los afectados, las instancias políticas y, en algunos casos, el legislativo (**moral social**).

Así, como ejemplo del primer aspecto, podemos preguntar: ¿Los inventores o descubridores son responsables de las consecuencias de sus inventos o descubrimientos? ¿Se puede responsabilizar al inventor de la bomba atómica de su utilización contra ciudades habitadas? ¿Qué juicio moral merece la decisión personal de los políticos estadounidenses de utilizar el temible ingenio al final de la Segunda Guerra Mundial? O, en otro orden de cosas, ¿es moralmente aceptable que una persona decida morir ante la perspectiva de unas condiciones de vida indignas? ¿Puede una mujer decidir la interrupción de su embarazo? ¿Qué responsabilidad tiene el médico que puede llevar a cabo tal interrupción, solicitada por la paciente? En la otra vertiente, la relativa a la moral social, la pregunta en este caso, sería: ¿debe reconocerse el derecho a la libre interrupción del embarazo?

También el tema de la eutanasia es una fuente de conflictos importante, tanto en su dimensión personal como social, así como el desarrollo de la ingeniería genética y otras muchas cuestiones.

La ética debe realizar una labor de análisis, crítica y orientación que no puede abandonar, ni dejar a otros "expertos".

Algunos filósofos ya se destacaron hace años por sus actividades contrarias al uso del armamento nuclear. Uno de los más radicales y conocidos es el caso de Bertran Russell, el matemático y filósofo británico que encabezó manifestaciones y huelgas de hambre para protestar contra las pruebas atómicas y el almacenamiento del arsenal nuclear². Sus obras más significativas en favor de dicha causa son: *Sentido común* y

² A este respecto puede leerse el texto de Philippe Devaux, "La ira del pacifista", un capítulo de su libro *Russell*, Madrid, Edaf, 1976.

guerra nuclear, *¿Tiene el hombre futuro?*, *Victoria no-armada*, *Crímenes de guerra en Vietnam*³.

En la actualidad otros pensadores siguen en la brecha, como Ernst Tugendhat. En castellano podemos leer "Factores irracionales en la discusión sobre política de seguridad";⁴ su obra más emblemática en este sentido es *Meditaciones sobre el peligro de guerra atómica y el porqué de que no se perciba*⁵.

³ BERTRAN RUSSELL, *Common Sense and Nuclear War*, Londres, Allen & Unwin, 1959; *Has man a Future?*, Londres, Allen & Unwin, 1961; *Unarmed Victory*, Londres, Allen & Unwin, 1963; *War Crimes in Vietnam*, Londres, Allen & Unwin, 1967; recopilación de trabajos sobre este autor en SCHILPP, P. A. (ed.), *The Philosophy of Bertrand Russell*, La Salle (Ill.), The Library of Living Philosophers, 1944.

⁴ Publicado en la revista *Mientras Tanto*, 33, 1987, p. 87-105.

⁵ ERNST TUGENDHAT, *Nachdenken über die Atomkriegsgefahr und warum man sie nicht sieht*, Berlin, Rotbuch Verlag, 1986.